

MI CRISTO ROTO

Ramón Cué, Sacerdote Jesuita.

"Es una charla íntima, sencilla, insignificante", comienza el Padre Cué su relato conmovedor y profundo. Cuenta cómo compró en un anticuario un Cristo de madera tallado, totalmente roto y mutilado. Las mutilaciones se debían a una profanación de la que había sido víctima por el año 36, durante la guerra española. Es el relato del encuentro del hombre con Cristo. Es un Cristo manco, cojo, sin cara, sin cruz. Es un Cristo que no quiere ser restaurado porque desea que le prestemos nuestros brazos para encerrar en ellos a todos los hombres, nuestras piernas para que le llevemos por todos los caminos, nuestros ojos para mirar todas las desdichas, nuestros oídos para escuchar todas las quejas. Un Cristo que no quiere ser restaurado porque quiere que en su rostro veamos todos los rostros, que sobre sus espaldas carguemos todas nuestras cruces. Es un profundo diálogo con el pequeño Cristo Roto, que nos da una visión nueva y al mismo tiempo repetida del amor insondable de Dios.

En sus conversaciones con el Cristo, el Padre Cué había buscado múltiples interpretaciones del rostro de Cristo en Museos y artistas diversos; luego le ofrece a Cristo, cuando Él le pide caras reales, las de los Santos, Mártires, los Apóstoles. Pero Cristo le pregunta:

-¿No tienes por ahí un retrato de tu enemigo? De ese que te tiene envidia y no te deja vivir. Del que te interpreta mal, por sistema, todas tus cosas. Del que siempre, por todas partes va hablando mal de ti. Del que te desprecia. Del que te arruinó. Del que dio malos y decisivos informes sobre ti. Del amigo traidor que te puso una

zancadilla. Del que logró echarte del puesto que tenías. Del que te calumnió vilmente. Del que te estropeó tus planes. Del que te persigue siempre. Del que no te perdona jamás. Del que te engañó miserablemente. Del que te echó a la calle contra toda justicia. Del que te denunció. Del que metió en la cárcel a tu hermano. Del que se aprovechó de la guerra y mató a tu padre...

-Cristo, por favor, ¡ no sigas ! - exploté indignado. Cada frase me había ido encendiendo. Al fin no pude más. -Calla, Señor, por piedad- le supliqué con voz sumisa.

-¿No lo ves? Ya te lo previne. Es demasiado, ¿verdad?

-Es antihumano, Cristo. Es absurdo- callé un instante-. Pero no me hagas caso, sigue; sigue hablándome. Te lo suplico. Sigue.

-Bueno. ¿Te has fijado bien en las caras de los leprosos, de los anormales, de los idiotizados, de los mendigos sucios y malolientes, de los imbéciles, de los locos, de los que babean...

-Y, ¿me vas a decir, Cristo, que esas son también caras tuyas? ¿Y que te las ponga?

-Naturalmente. Y, ¡ me las vas a poner !

-Imposible.

-Espera. No acabé aún. Toma bien nota de esta última lista y no olvides ningún rostro. Tienes que ponerme la cara del blasfemo, del suicida, del degenerado, del ladrón, del borracho, del asesino, del criminal, del traidor, del vicioso, de la prostituta... Yo callaba. Imposible contestar.

-No sé, Señor. No entiendo nada. Esas caras, ¿sobre tu cara?

-Sí, ¡ sobre la mía! -prosiguió Cristo cada vez con más fuego-. Y, ¿te extraña que los tolere y los quiera sobre mi cara? Pero, ¿no ves que los llevo en mi corazón, que es infinitamente más que llevarlos sobre el rostro? ¿No ves que he dado por todos la vida? Por todos, ¿oyes? ¡Por todos!

Nunca me habló mi Cristo con tan soberana y divina solemnidad. Temblaba en su voz una resonancia de eternidades.

-Ahora vas a comprender un poco lo que fue la Redención. Escucha:

Yo me hice responsable, voluntariamente, de todos los pecados, lacras y degeneraciones de toda la humanidad a lo largo de toda su historia. Yo cargué con todas sus blasfemias, crímenes, aberraciones y vicios. Todo pesaba sobre Mí. Y con todo eso a cuestras me clavarón en la Cruz.

Mi Padre se asomó para verme. Él se mira siempre en mis ojos. Yo soy el espejo en que se contempla mi Padre complacido. Soy su Rostro. Dios no tiene cara visible. Yo soy la Cara de Dios. Se asomó desde el Cielo para verme en la Cruz y contemplarse en mi Rostro.

Clavó sus ojos en Mí. Y su pasmo fue infinito. Sobre mi rostro vio superpuestas, sucesiva y vertiginosamente, las caras de todos, absolutamente de todos los hombres.

En mi cara estaban todas las caras.

Porque Yo, voluntariamente, para que Él no los castigara, daba la cara por todos los hombres, mis hermanos.

Y así, quedé sin cara.

Mi Padre, desde el Cielo, durante aquellas tres horas de mi agonía en la Cruz, estuvo contemplando, sobre mi cara, el desfile trágico de todas las caras. Era horrible. Pero mientras tanto yo le decía: "Padre, perdónalos; no saben lo que hacen".

Y mi Padre los perdonaba. Mi Padre no los condenaba. Mi Padre los amaba porque estaban en mi cara. Porque Yo daba por ellos la cara. Porque ellos eran entonces mi cara.

Y se reconcilió con aquella humanidad que Él veía en el espejo de mi rostro.

No era Yo sólo el que estaba en la Cruz.

Ni moría Yo sólo.

Todos os apretabais en Mí. Y todos moríais conmigo.

Yo tenía innumerables rostros. Infinitas caras. Sobre mi cara lívida y destrozada; sobre las heridas, los rasguños, el polvo la hiel, la sangre y los salivazos, se iban proyectando todas vuestras caras.

Qué infinito dolor y qué infinito amor, en mi cara.

Mi Padre contemplaba el desfile desde el Cielo y perdonaba: ¡ya

erais mis hermanos!

Mi Madre, María, con sus ojos en los míos, contemplaba el desfile de caras desde la tierra, al pie de la Cruz. Y fue entonces cuando le dije: -Mujer, mira a tus hijos.

Y en Mí, os aceptó a todos. Se hizo Madre de todos.

Os amó a todos infinitamente.

¿Comprendes ahora lo que fue mi Redención?

¿Adivinas la locura de mi amor que fue capaz de dar la cara por todos vosotros?

¡Que insondable el amor de Dios!

"Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

Catequesis Primera Comunión